

Nuevos nombres: Germán Martínez y Manuel Romero

Biblioteca Luis Angel Arango, Santafé de Bogotá, D.C. Agosto - Septiembre de 1991.

Dentro de las actividades del Departamento de Artes Plásticas de la Biblioteca Luis A. Arango se ha presentado una serie de exposiciones denominadas Nuevos Nombres, en las cuales se da cabida al arte joven y novedoso de nuestro país. Una de las más recientes fue dedicada a la obra que Germán Martínez y Manuel Romero han venido elaborando desde sus años de estudio académico, hasta la fecha. Allí se reunieron sus creaciones que incluyen tanto acuarelas y dibujos como instalaciones, video-documentos, "escritos", acciones plásticas conjuntas e individuales y obras en las que el único recurso técnico es la fotocopia o el recorte de periódico. En general, las producciones expuestas hacen alusión a nuestro mundo actual, a nuestro medio social y político permeado por la violencia y a nuestra vida cotidiana de seres urbanos, alienados y rutinizados. Una de las acciones plásticas, por ejemplo, tiene como tema el azar y el miedo y otra hace un irónico homenaje a los 500 años del descubrimiento de América con el nombre de "Una Isla llamada América".

Es sabido que en nuestro país, como en el resto de Latinoamérica, fueron los años setenta los que marcaron el auge de vanguardias plásticas foráneas entre las que se encuentra la corriente conceptual. Aun cuando la obra de estos artistas puede ubicarse de manera genérica dentro de dicha tendencia, no quiere decir que ella sea el rasgo fundamental de sus trabajos. Si bien los autores se nutren de presupuestos y lenguajes conceptuales, lo importante es que nos devuelven una obra imaginativa, que trasciende la planfletario y muestra una gran frescura al llamar la atención sobre nuestro contexto vivencial.

Estos jóvenes artistas pertenecen a la promoción de 1990, egresados de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional. Ellos, como tantos

estudiantes de Artes, tuvieron que vivir un período de entrenamiento académico con las limitaciones y rigideces propias de nuestro proceso educativo y estuvieron expuestos a los azares políticos que vive la universidad pública. Lo llamativo de su caso es que a cambio de una posición radical de izquierda o de derecha tan frecuente en el medio universitario, supieron revelarse contra las normas, contra las estrecheces mentales y de oficio que necesariamente plantea la academia, sin quedarse en el discurso y en cambio proponer opciones plásticas propias para diseñar un camino alterno que los llevara a tener sus personales ideas sobre lo que debe ser una obra de arte y un artista de su tiempo. Como bien lo han destacado ellos mismos, no se trataba de verbalizar la rebeldía contra el academicismo sino de definir una actitud y un quehacer alternativo sin desconocer las reglas mínimas necesarias para no subvalorar los aportes de la escuela. Aún más, contando con las limitaciones del medio, realizaron esfuerzos constantes para estar al tanto de la evolución de la historia del arte y acceder a las técnicas, lenguajes y manifestaciones del arte mundial. Es evidente su buen nivel de información y su capacidad de utilizar las diferentes técnicas y lenguajes de una manera original que trasciende la pose vanguardista y les permite transmitir sus propios mensajes sin ninguna gratuidad.

Así, acercarse a la obra de Manuel Romero y Germán Martínez con la misma actitud y la misma mirada a las cuales hemos sido acostumbrados tradicionalmente, puede llevarnos a la trampa de una apreciación superficial, apenas sensorial, o de valoración inmediata. Esto sucede porque la percepción retinal no basta para penetrar en el sentido ni dominar las verdaderas implicaciones de una obra que está más allá de cualquier frontispicio visual. Al conjunto expuesto por estos jóvenes pintores no es posible

hacerle las demandas formales que generalmente se aplican a una producción plástica pues no necesariamente responde a esos cánones, sino más bien a una problemática que el resultado plástico está formulando. Una problemática extraída de la realidad social actual de la cual los autores forman parte y que a la vez pretenden influenciar a través de su posición cuestionadora.

Precisamente su toma de posición crítica frente a la realidad coincide con una clara concepción artística, actitud no siempre evidente en las nuevas generaciones de artistas nacionales. Martínez y Romero, al tomar partido por el concepto, por la utilización de materiales "de segunda mano" (offset, fotos de periódicos, platos rotos, etc.), por una estética en la que la belleza formal no es lo fundamental, han entrado a la práctica creativa con una valiente posición de renuncia. A la manera de Joseph Beuys, estos jóvenes trabajan sobretodo con el pensamiento y con los sentimientos extraídos de vivencias personales y de su contexto social, que el proceso mismo de elaboración modela en obras. Así, renuncian a lo establecido, a los devaneos esteticistas, a sus buenas habilidades de dibujantes e incluso a la fácil ganancia económica y a la posibilidad de pertenecer a colecciones privadas, para presentar un trabajo que si bien puede ser susceptible de ajustes y precisiones conceptuales, plantea una confrontación entre prácticas sociales propias de nuestro medio (sobre todo la violencia en su multiplicidad de manifestaciones) y un mundo personal y creativo en el que lo lúdico, la ironía y el humor negro ocupan un lugar importante. Es decir, se nutren de una realidad (política, social, de la historia del arte) que constituye su mundo visible y racional para devolvérselo en forma de una producción plástica en la que lo invisible y desconocido se hace manifiesto. Al respecto, vale la pena destacar la instalación de

Martínez "El Caracol de la Guerra Prosigue su Arrullo Interminable" (1988-1991), las obras conjuntas "Tres Tristes Trípticos" (1988) y "La Enfermedad" (1991), en las cuales la economía y la cotidianidad de los recursos empleados, apuntan a remover nuestra conciencia de ciudadanos colombianos no siempre en capacidad de discernir la dimensión exacta del

contexto violento dentro del cual vivimos.

Finalmente, interesa destacar otro aspecto del trabajo de estos dos jóvenes: si bien cada uno tiene su propio estilo, las obras presentan una buena unidad conceptual e ideológica, denotando una coincidencia de concepciones e intereses y una comunión creativa muy por el estilo de Gilbert &

George, fenómeno poco frecuente en la historia del arte. No sobra insistir en la importancia de este tipo de exposiciones en el país puesto que constituyen un estímulo para los talentos nacionales y una opción frente a las salas que promueven ante todo un arte de fácil salida comercial.

Estela Vecino B., Socióloga.